

El velo prostituido y la espiga violada. La imagen de la mujer en Jarrapellejos, de Felipe Trigo

María Jesús ZAMORA CALVO. Universidad de Valladolid

A partir de la segunda mitad del siglo XIX, en Europa occidental se produjo una eclosión de acontecimientos¹, que vinieron a reafirmar la supuesta naturaleza dual del eterno femenino. Al acceder a la clase burguesa, la mujer vio disminuida la multiplicidad de papeles y de responsabilidades a las que se había visto obligada en otras épocas. La mujer de clase media y alta pasa a depender económicamente de su marido. Por ello y a medida que avanza la época, se fue encontrando con más tiempo libre. Finalmente se vieron reducidas sus actividades a las estrictas de esposa y de madre educadora. La sociedad fue creando un tipo de mujer llena de encanto, de bondad y de delicadeza, siendo «tierna, débil, compasiva, tímida y coqueta Galatea» (Rousel 1775, citado por Bornay 1990, 69). Hacia el último tercio del pasado siglo, los intelectuales franceses Jules Michelet y Auguste Comte se hicieron eco de esta concepción sobre la mujer y, ahondando en la misma, fueron proclamando la cristiana misión de la mujer-monja, cuyo convento sería el hogar de la familia burguesa (Dijkstra 1994, 11).

Para proteger la institución matrimonial se impusieron unos severos códigos sexuales dirigidos de manera especial a la mujer. Este estado de cosas originó todo un ambiente sexofóbico en donde «el deseo carnal era algo que una mujer y un hombre de buena familia y educación no debían sentir» (Persall 1983, 15). Pero, debemos tener en cuenta que si la esposa hipotéticamente se acomodó a estos rígidos códigos, generalmente el marido no. Por ello, y también como contrapunto a la figura “mariana”, desvalida y añorada, de la mujer del siglo XIX, surgió el modelo de la mujer enérgica, voluptuosa, encarnada en la amante o la prostituta.

Sin embargo, esta supuesta dicotomía María-Eva es en algunos casos bas-

¹ En 1848, la segunda revolución industrial dio lugar a un espectacular enriquecimiento de la burguesía, que vino acompañada por un descenso en el poder adquisitivo de la aristocracia -al desprenderse de ella el poder económico- y una paulatina consolidación de los movimientos obreros que buscaron una respuesta a su miseria, a sus inhumanas condiciones de trabajo y a su inseguridad en el empleo. (Kinder & Hilgemann 1988; Palacios Bañuelos 1990).

tante artificiosa, ya que en una misma mujer podían encarnarse la doble moral dominante en esa época: de cara a la sociedad se mostraría como ángel lleno de castas virtudes, mientras que en su intimidad sus besos se escaparían detrás del amante. A fin de cuentas, lo que esta hipocresía pone de manifiesto es la opresión sexual a la que se ve sometida la mujer a comienzos de nuestro siglo.

A este respecto, fue Felipe Trigo (Martínez San Martín 1983 y 1988; Conte 1975, IX-XIX; Fernández Cifuentes 1982, 74-96; Mainer 1972, 59-76; y García Lara 1986) el que se encargó de realizar una visión panorámica de la burguesía de principios del siglo XX, concentrándose «en la sociedad española, especialmente en su aspecto emocional, en la esclavitud de la mujer, en las absurdas libertades del hombre, en la educación anticuada, en los conceptos medievales del honor y la virtud, en el poder tiránico del cacique en la provincia y en la mentalidad de Tenorio del varón español» (Ton 1952). Para Felipe Trigo, la relación sexual era una metáfora del falseamiento del resto de las relaciones sociales; sólo así se explican el prejuicio sobre el honor y la virginidad, el temor a la maledicencia, la reducción de la mujer a un gineceo, etc., como atentados contra la libre actividad del individuo (Mainer 1972).

Toda esta crítica se hace más mordaz y virulenta en su novela *Jarrapellejos*². En ella Trigo trata el problema del caciquismo, de los abusos y de la inmoralidad de los poderosos. En esta novela se encuentran perfectamente fundidos «las dos grandes áreas temáticas que (Trigo) desarrolló a lo largo de su producción literaria: cuestión sexual y cuestión social» (García Lara 1986, 249). Sexualmente, descubrimos en *Jarrapellejos* un erotismo bajo el cual se describe «una realidad violenta, atormentada [...] y es más sombría la pintura cuando la sangre y el crimen aplastan toda posibilidad de futuro» (Conte 1975, XVIII). Desde el punto de vista social, Trigo nos muestra la vida de una colectividad rural, presentando varias historias entrelazadas y enlazadas todas ellas por la omnipotencia de Jarrapellejos, dueño y señor de La Joya, elemento obstaculizador de todo progreso nacional y hasta privado. El cacique maneja todos los hilos de la política local y compra, por las buenas o por las malas, a las mujeres que desea. La novela refleja la vida vana y superficial del pueblo, con una juventud carente de ideales, que se aburre, donde reinan los prejuicios más ancestrales. Ya desde las primeras páginas podemos percibir un violento contraste entre la ociosidad de las clases acomodadas y el eterno sufrimiento de los desheredados de la fortuna.

Dijéranse los locos de un inmenso manicomio suelto por el valle, Orenca y Pedro Luis, cerca, lejos, en todas las ondulaciones del terreno y a todas las distancias, los veían correr medio sepultados en las mieses, agitando palos, cuerdas, látigos y mantas..., al mismo tiempo que daban gran-

² Fue publicada en 1914. A la hora de citar fragmentos pertenecientes a dicha obra hemos utilizado la edición de Ángel Martínez San Martín, impresa en Madrid, en la editorial Austral, en 1988.

arnarse la doble moral
omo ángel lleno de cas-
parían detrás del aman-
to es la opresión sexual
lo.

rtín 1983 y 1988; Conte
2, 59-76; y García Lara
la burguesía de princi-
a, especialmente en su
las libertades del hom-
el honor y la virtud, en
d de Tenorio del varón
una metáfora del false-
an el prejuicio sobre el
de la mujer a un gine-
uo (Mainer 1972).

su novela *Jarrapellejos*.
y de la inmoralidad de
andidos «las dos gran-
ducción literaria: cues-
nente, descubrimos en
d violenta, atormenta-
en aplastan toda posi-
vista social, Trigo nos
s historias entrelazadas
dueño y señor de La
asta privado. El caci-
r las buenas o por las
y superficial del pue-
le reinan los prejuicios
rcibir un violento con-
sufrimiento de los des-

o suelto por el valle,
aciones del terreno y a
los en las mieses, agi-
empo que daban gran-

icha obra hemos utilizado
Austral, en 1988.

des voces. Tan ciegos se empeñaban en la lucha que algunos, ya desesperados, con sus furiosos trallazos a diestro y siniestro, causábanse más daño que el que intentaban evitar. Felices los que para el ardor de su trabajo contaban con familia numerosa. Las hijas y las mujeres, despojadas de sus faldas, a falta de otra cosa, sacudíanlas por el aire. Los niños, hasta los tres años, con tal de que supieran tenerse en pie, corrían y chillaban también en ala, levantando polvaredas de langostos. [...]

Eran familias enteras, eran los tristes derrotados, en éxodo hacia el pueblo, en éxodo hacia el hambre... Cruzábanse entre los que seguían enloquecidos en la batalla, sin que unos a otros concedieran atención en la urgencia o el dolor de su egoísmo, y cruzaban igual el puente, al pie del coche, sin notarlo, muertos de pena, y sin que tampoco el contristado y poderosísimo señor Jarrapellejos osara turbarles con vanas frases de consuelo la majestad de aquella angustia.

Orencia lloraba de nuevo con gran fe. Persuadida de la ineficacia del humano auxilio ante la magnitud de la catástrofe, y pensando que debería irse a La Joya para organizar a escape rogativas, se lo dijo a Pedro Luis:

— Bien; sí; bueno; como quieras. Aunque creo que eso es mejor para la lluvia... (Trigo 1988, 49-50).

La imagen de la mujer en *Jarrapellejos* se moldea, o bien como símbolo de la hipócrita moral imperante en la época, o bien como víctima de la violencia, de la prostitución, de la ignominia, etc. Por lo tanto, los personajes femeninos en esta novela se pueden dividir en dos grupos: las "señoras" (Orencia, Purita Salvador, Ernesta, etc), que llevan una doble vida para satisfacer sus apasionados impulsos sexuales; y las "humildes", que sólo sirven para que los señoritos se diviertan con ellas. Un caso a parte es el de Isabel, que rechaza a todos los ricos deseosos de comprar sus favores y que representa el "amor verdadero".

En *Jarrapellejos* encontramos englobadas tanto a la aristocracia como la alta burguesía en el mismo nivel acomodado dentro de la sociedad de principios del XX. Ya desde los primeros capítulos captamos que Felipe Trigo personifica en la mujer burguesa la imagen de una clase social superior. Vicios y virtudes entran en la retina del cuerpo social a través de sus comportamientos y actitudes.

Con respecto al matrimonio, Trigo pinta una visión triste del mismo. En la mayor parte de los casos resulta ser un medio para consolidar un falso prestigio social. Así, por ejemplo, Ernesta accede a casarse con un viejo conde para disponer de un título nobiliario, rechazando el amor de Octavio, un joven burgués con pretensiones revolucionarias (Trigo 1988, 183 y 189). En otras ocasiones sirve para encubrir la pérdida de la virginidad y avanzado embarazo, como se pone de mani-

fiesto con Purita Salvador, que se queda embarazada de un pastor, en los últimos meses del periodo de gestación mantiene relaciones sexuales con su novio de siempre y, al final, acaba casándose con Saturnino, jugador, borracho y calavera, que se enamora perdidamente de la herencia de la joven.

La corrupción, presente en todos los órdenes de la vida social, también forma parte de la vida familiar. En ocasiones la pareja llega a un acuerdo tácito por el que, sin romper la apariencia de la institución familiar, permite la disolución total de la misma. El matrimonio, en el caso de Orenca y Eusebio, supone para ella la liberación de una serie de convenciones, ya que su marido legal es el que da el primer apellido a sus hijos, mientras que el padre biológico de los mismos es don Pedro Luis Jarrapellejos, su amante³. En efecto la muchacha soltera debe guardar unas estrictas normas morales, ya que de lo contrario, sobreviene su marginación social; la casada por el contrario disfruta de una gran libertad con tal que, eso sí, sepa mantener las apariencias. A esto se le denomina prostitución disimulada.

No obstante, ¡claro!, toda La Joya, desde casi al mismo tiempo que el marido, sabía las relaciones. Hasta hubo habido, en la primera época, un conato de desprecios y rechazos de las reparosas amigas, para Orenca, antes de casarse. Y la boda que empezó a rehabilitarla; la pública seriedad de ella, después su místico fervor en las iglesias, y sobre todo los respetos al formidable poderío de don Pedro Luis Jarrapellejos, que dio para la joven ejemplo de consideración haciendo que sus mismas hijas la siguiesen visitando..., restituyeron plenos los decoros que aún la hubo, de acrecer al verla propietaria de un *quinto*, con borregas y un coche. Querida o no de su querido, y por él enriquecida o no, que esto allá ellos lo verían, Orenca, pues, por fueros de belleza y de decencia y juventud, quedaba en La Joya como una institución de amistad y de simpatía entre las muchachas. Se reunía con ellas y las damas honorables; las guiaba; oíanla sus consejos; era ella constantemente la que llevaba iniciativas con las monjas y los curas en las fiestas religiosas. (Trigo 1988, 45).

Para Trigo el matrimonio no es cuna, sino la tumba del amor (Litvak 1979, 194). En *Jarrapellejos* resulta casto y moralmente aceptado resignarse a ser carne de

³La mujer «no puede manifestar libremente sus sentimientos amorosos, porque se diría que es una... tal. Tiene que esperar a que el macho la elija y la lleven entre hipócritas azabares al altar, y como siempre el hombre ideal que forjó su fantasía no viene o llega tarde, tiene que apechugar con el primer monigote que se presente si no quiere quedarse para vestir imágenes. Si no se resigna a esto, le queda la soltería o el convento. Esto cuando por cuestión de intereses no se la obliga a contraer a la fuerza un matrimonio que repugna a su corazón. De ahí que en las clases altas sea tan corriente el adulterio, o el "matrimonio a tres" como dicen los franceses, queriendo significar que el amante está consentido por el marido, o por lo menos que éste hace la vista gorda.» (Prat 1904, citado por Nash 1987, 80).

placer, un mueble de lujo, una materia explotable, descendiendo de este modo a la categoría de prostituta. Sin voluntad y sin conciencia, Ernesta, Orenca y Purita miman al hombre con quien cohabitan, sólo porque haciéndolo así creen cumplir con su obligación. Les han dicho que sus deberes de casadas les imponen que satisfagan los caprichos del esposo. Sus caricias adquieren con mucha frecuencia el carácter de las que se prodigan en los lupanares. Y así, el lujoso velo que cubre sus rostros cuando van a la iglesia, queda completamente prostituido (Claramunt 1905, citado por Nash 1987, 139-141).

Felipe Trigo critica duramente el talante religioso de un grupo social alto que utiliza la religión como cobertura de su hipócrita moral. A comienzos del siglo XX «el concepto de Dios y del hombre aparecían en un segundo lugar, sirviendo de refrendo a la moral, a una moral que estaba hecha de preceptos y que atendía sobre todo a los aspectos externos» (Gómez-Ferrer Morant 1986, 169). También critica implacablemente la vida vacía, licenciosa y lujuriosa de sus personajes femeninos, vida presidida a menudo por la trampa y la frivolidad. Frivolidad en sus planteamientos, en sus objetivos, en su comportamiento, que en el *summum* del fariseísmo les permite convertirse en guardianas de los principios trascendentes de la sociedad.

Mas no bastaba el castigo de los individuales desprecios, y una tarde, a fin de determinar la conducta de las personas decentes de La Joya con respecto a aquella desdichada Pura y su familia, en casa de Orenca, y convocadas y presididas por Orenca, se reunieron las muchachas. Unánime el acuerdo: "NO DEBÍAN SALUDARLAS NUNCA, AL CRUZARLAS POR LA CALLE; MENOS AÚN DEBERÍAN VOLVER A PISAR MÁS UNA CASA DE INDECORO". (Trigo 1988, 224)

La obsesión por el lujo y el boato atenaza a todos los personajes femeninos de la clase alta en *Jarrapellejos*, debido a que se había hecho de ello un claro signo de *status* social. Ernesta, al ingresar en las filas de la aristocracia gracias a su matrimonio, en su afán por colocarse al nivel de un grupo con el que convive en los salones y en el que todavía se siente advenediza, precisa de unos fondos para gastos de representación que le afirmen en ese mundo -fiestas, trajes, disfraces, abonos, coches, veraneos, etc. (Litvak 1979, 161-172; Diego 1987, 106-114; Martín San Martín 1983, 94-101; Capel Martínez 1986, 220-ss.).

No veía nada en aquellos excelentes figurines que no se la antojase. Un día, las cajas de París, entre sombreros, corsés y medias por docenas, trajéronla unos extraños gorros y bastones. Otro día, las cajas de Londres, trajéronla un raro vestido de falda corta. Las amigas, que ignoraban el uso de esto, así como el de muchas de las confecciones que, bajo personalísima inspiración de Ernesta, iban floreciendo con sus sedas y matices delicados, alegrábanse, al objeto de informarse, de que la ingenua Jacoba Marín la interrogara. "Un *saut de lit*, mujer". "Un *pase de tale*". "Un traje de *lawn-tennis*". "Un

alpenstok". "Un *plaid* y un pasa montañas". "Bueno, pero para qué". "Para el levantarse". "Para la mesa, corrido encima del mantel". "Para apoyarse y abrigarse en las montañas, por la nieve". "Para..." "¡El colmo! Nieve aquí, con el sol de justicia, y pensar en jugar a la pelota como un chico...". "No, niña: nieve, en los Alpes, cuando viaje", aclaraba Ernesta. Y Orenca, en nombre de las demás, dándoselas de avisada, aclarábala también: "¡Sí, tonta, hija, la pelota, el *lawn-tennis*...; pareces simple!" Proyectaban una sociedad de *tennis*, que les distrajesen en el invierno. (Trigo 1988, 132).

A comienzos del siglo XX, Felipe Trigo sabe que ya la sociedad no dispone ni de castillos ni de candados para guardar el cuerpo de virgen o de esposa, pero es poseedora en contrapartida de una crítica mordaz e insultante, que puede hundir a cualquiera. Las mujeres emplean sus ratos libres en calumnias y cotilleos perniciosos (Trigo 1988, 55). Uno de los temas más comentados por Orenca, Purita y las hermanas Jarrapellejos es el baño como instrumento de práctica higiénica. Para ellas resultaba ser completamente desconocido. Se creía que sólo servía para lavar a los muertos y como antitérmico en caso de tifus o gripe. Sólo las prostitutas «parecen más decididas a emplearlos y ello conduce también a que una mujer decente huya pudorosamente de tal práctica» (Falcón 1984, 171).

Purita Salvador, al otro lado, contábale a la despreocupadísima Dulce que había estado viendo a Ernesta bañarse y arreglarse. "¿Bañarse?... ¿Pero bañarse?". "Sí, en una bañera". Asombro. En La Joya, quitando la gentuza que por julio se tiraban al río, y salvo el orgulloso de Octavio y el conde de la Cruz, que tenía baños de mármol en sus casas, no se bañaban más que los enfermos de mucha gravedad. Ernesta, además, no se pintaba. Sus manías, las uñas, los dientes, los pies... "¡Oh, baah! -exclamó Dulce, mirándola de reojo; y al oído de Purita: ¿Me quieres decir para qué le sirve tanto limpiarse a una mujer, y especialmente si es soltera?...". (Trigo 1988, 60).

Superficialidad, maledicencia e hipocresía moral, tres rasgos definitorios de la clase social alta; una categoría en la que si se ahonda un poco tan sólo se descubre un mundo hecho de meras apariencias, frivolidades y engaños; vacía de principios, deshumanizada y, en resumida cuenta, muerta.

En *Jarrapellejos* también queda recogido el tipo social de la *femme-fatale*. Durante su estancia en París, Octavio conoce a una enigmática mujer; de belleza disoluta, imperiosa y un tanto letal; de cabellos dorados, largos y abundantes. Su color de piel destaca por su lunática blancura y de sus ojos se desprende una atracción hacia el deseo y la muerte. En síntesis, se puede afirmar que en su aspecto físico se encarnan todos los vicios, todas las voluptuosidades y todas las seducciones. En lo que concierne a sus más significativos rasgos psicológicos, destaca por su capacidad de dominio, de incitación al sexo y por su frialdad. Excéntrica, liberal, lujuriosa y mordaz, seduce enajenadoramente a Octavio durante dos noches, para

desaparecer lu
atrayente. La f
sueños de sed
canalizar en la
se lo impide.

-E
me di
la con
beber

-Ca

-¡L

Hacían

oro de

gran m

llevó a

embar

Saint-C

el itali

esto lo

A mis

a darn

Vestida

delant

tisús d

Con re

campesinado,

sentimiento rel

un sentido mu

vivo respeto a l

de Petra, joven

256; Diego 198

Asimis

once; e

dinero

púsola

ras qu

en la c

vés de

pero te

desaparecer luego en una nube de misterio, haciéndola, si cabe, aún más deseada y atrayente. La *femme-fatale* es el prototipo de mujer, en la que se encarnan todos los sueños de seducción del hombre de principios del siglo XX; deseos que no puede canalizar en la figura de su mujer, porque la rígida moral existente en dicha época se lo impide.

-Excluyo relatarte el final de la aventura. La soberbia, la magnífica, se me dio en regalo dos noches. Dos noches, y adiós, luego, para siempre; fue la condición. Fumaba opio, aspiraba éter en gardenias y bebía y me hacía beber pasión por todos los rincones de mi alma y de su alma.

-Carne, traducido a lo mortal.

-¡Lo que quieras! ¿Cocota? ¿Duquesa? ¿Actriz?... No logré saberlo. Hacíame llamarla Irma, o *L'Or du Rhin*, porque era rubia y en recuerdo del oro de su traje, y afirmábame riendo que no era sino el "maniquí de un gran modisto, dedicada a lanzar modas". Quince mil francos el vestido que llevó al teatro caprichosa. Nada intenté por descubrir su condición. Sin embargo, vivía en las inmediaciones o en el propio aristocrático *boulevard Saint-Germain*, puesto que desde aquella posta me escribía; sabía el inglés y el italiano, conocía fundamentalmente las literaturas extranjeras, y todo esto lo hallaba yo más encajado en las cualidades de la altísima gran dama. A mis súplicas, y siempre paradójica, la que me negó su nombre, accedió a darme estos retratos. Matinal y última entrevista, para hacerlos. Dos. Vestida, uno; el otro..., ése, y ambos con igual serenidad delante de mí y delante del fotógrafo. El hombre, al segundo, volvía loco viendo caer los tisús de oro y los encajes y batistas a la alfombra. (Trigo 1988, 151-152).

Con respecto a la clase social más baja, representada en *Jarrapellejos* por el campesinado, en este nivel nos encontramos a una mujer semianalfabeta, con un sentimiento religioso espontáneo muy arraigado, con gran apego a la tradición, con un sentido muy claro de las relaciones patriarcales que rigen la vida rural, con un vivo respeto a la autoridad paterna de la que a veces resulta víctima, como es el caso de Petra, joven que fue violada por su propio padre (Falcón 1984, 1979; Nash 1987, 256; Diego 1987, 101-102; Litvak 1979, 202-ss; Fernández Cifuentes 1982, 82).

Asimismo, con su borrachera, el *Gato* volvió a su domicilio a punto de las once; empezó por atizarle una felpa a la Sabina, hasta que le entregó el dinero recibido de don Pedro por la venta de la Petrilla; llamó a Petrilla, púsola como un reverendísimo guiñapo; tiró del puñal, por último, y, quieras que no, trincó a la madre del pescuezo, la enchiqueró en un cuarto..., y en la cama de la de enfrente tumbó a la chica y la gozó, mientras que a través de la cerrada puerta gritábale la otra: "¡Sí, sí, anda, ladrón..., cabrito...; pero te chinchas, que s'acostao cuarenta veces con Melchó, y le hemos ven-

dío el virgo lo menos catorce!" El *Gato*, al quitársele de encima a la muchacha, la escupió en la boca y le partió un labio y le hinchó un ojo de dos terribles puñetazos. Cogió su escopeta y su bandolera de chapa. Salió. Se fue a las eras. (Trigo 1988, 129-130).

La mentalidad de la mujer campesina es conservadora y se muestra reacia a todo lo que suponga una alteración en las formas de vida tradicional. Por ello, Felipe Trigo hace una dura crítica al servilismo sexual al que es sometida la mujer por medio de la llamada "ley de pernada", plenamente vigente a comienzos de nuestro siglo en España y, de manera especial, en las zonas rurales del suroeste. El poder económico, político y personal del cacique, don Pedro Luis, es el aval que le garantiza hacerse con la joven virgen que él desee, a cambio de una limosna.

[...]llegó con el cántaro Petrilla, tan crecrida y tan mona con su boca de piñón, que inmediatamente se antojó de ella don Pedro y declaróse a la madre; consultada la chicuela, resistió al principio, avergonzada, ¡natural!..., pero quedó pronto conforme. Cien duros el ajuste, y el previo pago. Admiró Zig-Zag, el precio respetable: "Bueno, claro, ¿era mocita?" "Ah, toma, pues si no ¿qué gracia iba a tener?". La madre lo garantizaba, y el más que experto pudo en el trance confirmarlo. (Trigo 1988, 126-127).

Por norma general, la mujer campesina no padece hambre, pero se ve sometida a una dura vida de trabajo. En el campo, la jornada laboral afecta tanto al hombre como a la mujer. «Aunque el campesino posea bienes propios, la necesidad de ahorrar jornales para salir adelante impone la costumbre del trabajo femenino, que sólo se distingue del masculino en que el hombre se reserva aquellas tareas que resultan más duras físicamente.» (Gómez-Ferrer Morant 1986, 205). Como contrapartida, la mujer tiene que llevar a cabo además las tareas domésticas, siendo habitual que se incorpore a la labor en hora más tardía, cuando ya ha dejado ultimados los quehaceres de la casa. Por lo demás, el ritmo de trabajo de las mujeres en toda empresa de carácter familiar tiende al máximo rendimiento, tal es el caso de Isabel y su madre, que trabajan de sol a sol para abastecer a La Joya de pan.

Sin embargo, la vida en el campo no sólo se reduce a duro trabajo y disfrute de fiestas. En periodos de sequía o de plaga de langostos, el pan escasea y la mujer se lanza a vender su cuerpo para poder alimentar a sus propios hijos. Es entonces cuando se hace fehaciente que «la miseria sirve para prostituir a las mujeres y para volver a maridos borrachos y gandules. Régimen de servilismo, en fin, que envejece los cuerpos y las almas de pura hambre y porquería, mal disimuladas por las cloróticas muchachas con caretas de albayalde.» (Trigo 1988, 75).

En la calle solitaria, a la sombra de un hastial, charlaban con aires de misterio una joven enlutada y la *Sastra*, la inmunda *celestina*. Una virgen más en venta, seguramente, acosada por el hambre. Sería la huérfana de cual-

quier otro infeliz como el hidrópico, y sería la *Sastra* la emisaria de cualquier husmeador de las desgracias, como el *Garañón*, como Jarrapellejos, si no de alguno más miserable todavía, que al primer contacto hubiérala de dar el contagio de la sífilis. (Trigo 1988, 163).

Desvirgadas generalmente por el cacique o por el esbirro de turno, asfixiadas por la pobreza, el hambre, la miseria, las inhumanas condiciones de vida, etc., parte de las muchachas de La Joya emigran a la capital: Badajoz o Madrid, donde, tras probar fortuna con todo, acaban cayendo en las redes de la más absorbente prostitución. (Capel 1986; Navarro Fernández 1884; Hammond 1887; Lombroso 1893; Martínez Olmedilla 1904; Faust 1982).

Estrella y Aurora, según habían ido cumpliendo los quince años, con dos de intervalo, se habían metido a prostitutas, y estaban la una en Madrid y la otra en Badajoz; y sólo quedaba Petra, a quien el *Gato*, con las consiguientes trifulcas y enérgicas y celosas oposiciones de la madre, quería a todo trance deshonorar, ya que no pudo hacerlo con las otras, antes que se casase con Melchor o se fuese también con las hermanas. (Trigo 1988, 102).

La Joya es el típico reflejo de una sociedad enquistada en una serie de vicios, opresiones, servilismos, explotaciones y abusos, que animalizan a las clases más pobres, subyugándolas a una tradición perniciosa que no fue creada por ellos y que se les ha impuesto hasta dominarlos. Todo ello da origen a una comunidad hermética, que ahoga todo brote de rebeldía o cambio. Tal es el caso de Isabel, una joven muchacha, de deslumbrante belleza y que se mantuvo al margen de la amoralidad impuesta. Firme en su principio de honradez y enamorada del intelectual Cidoncha, nunca quiso claudicar y entregarse al cacique, como exigía la "ley de pernada".

Volvió a dudar. ¿Justa la fama de honrada irreductible de su madre o estrategia para explotar mejor a la chiquilla?... Un pensamiento, de pronto, púsole de pie: "En todo caso, bueno fuera no desperdiciar la ocasión de sus apuros para obligarla con un préstamo que tal vez no le pudiese pagar, al fin, más que con la niña. (Trigo 1988, 90).

Esta situación se hacía bastante intolerable para los decantadores del poder en La Joya. Por ello, una noche, aprovechando que el padre de la muchacha se había ido a trabajar a otro pueblo, dos señoritos y un criado de éstos irrumpen bruscamente en la casa de Isabel, violando a su madre y asesinando a la joven, por la resistencia que opuso a sus agresores. Toda esta sádica escena queda relatada a lo largo de diez estremecedoras páginas, llenas de crueldad, salvajismo y barbarie (Trigo 1988, 320-330). Trigo mediante ellas quiere poner de manifiesto la impotencia en la que se sume España ante cualquier intento de regeneración. Una sociedad anclada en un pasado obsoleto y anacrónico, degradada ya en esencia, sin principios ni valores humanos, cuando descubre entre algunos de sus miembros la pureza de un

amor verdadero, reacciona con una extrema violencia, para extirpar dicho "quiste" de raíz y evitar así posibles rebrotes del mismo.

Mientras, Isabel, con el nuevo espanto de haber reconocido a los que salieron a su encuentro, había escapado atrás, habíase refugiado en la alcoba, cerrando tras de sí, y sin tiempo para echarle a las débiles hojas de la puerta fallaba, trató inútilmente de oponerse al empuje de los dos con el peso de su cuerpo, de sus iras... Cedió, todo tuvo que ceder, y en confuso montón rodó por la estera con los borrachos y una de las puertas hecha astillas... De una sacudida vigorosa consiguió la brava librarse de las garras que la asían...; se levantó...; levantáronse los otros...; corrió ella, acorralada entre los muebles..., esperando a veces a los torpes miserables, con las uñas prontas a arañar y los dientes prontos a morder...; trocados al fin en furiosa indignación y en asco sus terrores, y como otras veces, aunque en ésta más difícil, y ambos juntos, Marzo y Saturnino, empezaron la caza de la hembra... (Trigo 1988, 322)

Trabajo agotador, conservadurismo, explotación sexual, sometimiento a unas normas sociales que la degradan aún más, la mujer de nivel social bajo se hunde en un *mare magnum* de prostitución, miseria y vaciedad. Es la auténtica "espiga violada" de una sociedad que la anula como individuo, como persona, como mujer.

Y ya para finalizar, he preferido quedarme con las palabras de Cidoncha, el novio de la desafortunada Isabel, en el momento en que abandona La Joya:

Pueblo monstruoso, de monstruosa humanidad en putrefacción, en fermentación de todos los instintos naturales con todas las degradaciones de una decrepita sociedad en la agonía. Allí, para llegar a la posesión del pan y de la hembra -esto que consiguen los pájaros con su bella y sencilla libertad- se pasaba a través de la mentira, de los hipócritas engaños, del robo, hasta del crimen. Damas que lograban los más altos prestigios por la prostitución y el adulterio, como Orenca y la condesa; cándidas muchachas rendidas al dinero o al despotismo de hombres como don Pedro Luis y el *Garañón*; curas con hijos y públicas queridas y curas alcahuetes, como don Roque y el tuerto don Calixto; novias atropelladas por la autoridad, como aquella del barbero; cristianos condes vendedores de reses muertas de carbunco...; alcaldes ladrones de los pósitos; estafadores a lo Zig-Zag; bandidos en toda la extensa gama que iba desde el *Gato* a Marzo y Saturnino; jueces libertadores de asesinos y encausadores a sabiendas de inocentes...; encima, flotando con la siniestra sombra de un murciélago brutal, Jarra-pellejos, amparador de todos los crímenes y robos y engaños y estafas del inmenso pudridero... (Trigo 1988, 389).

Referencias bibliográficas

- Ánderson, Bonnie S. 1991. *Historia de las mujeres. Una historia propia*. Barcelona. Crítica.
- Bataille, Georges. 1980. *El erotismo*. Barcelona. Tusquets.
- Bornay, Erika. 1990. *Las hijas de Lilith*. Madrid. Cátedra.
- Capel Martínez, Rosa (coord.). *Mujer y Sociedad en España (1700-1975)*. Madrid. Instituto de la Mujer.
- Castañar, Fulgencio. 1979. "Erotismo y sociedad en la narrativa de Felipe Trigo", *Tiempos de Historia*, nº 51.
- Claramunt, Teresa. 1905. *La mujer. Consideraciones sobre su estado ante las prerrogativas del obrero*. Mahón. Biblioteca "El Porvenir del obrero".
- Conte, Rafael. 1975. "Trigo, nuestro contemporáneo", en *Jarrapellejos de Felipe Trigo*. Madrid. Turner.
- Diego, Estrella de. 1987. *La mujer y la pintura del XIX español*. Madrid. Cátedra.
- Dijkstra, Bram. 1994. *Idolos de perversidad. La imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo*. Barcelona. Debate.
- Duby, Georges & PERROT. 1993. *Historia de las mujeres en Occidente*. Madrid. Taurus.
- Falcon, Lidia. 1984. *Mujer y sociedad. Análisis de un fenómeno reaccionario*. Barcelona. Fontanella.
- Faust, B. 1982. *Women, Sex and Pornography*. Pelican.
- Fernández Cifuentes, Luis. 1982. *Teoría y mercado en España del 98 a la República*. Madrid. Gredos. Págs. 74-96.
- García Lara, Fernando. 1986. *El lugar de la novela erótica española*. Granada. Diputación Provincial.
- Gómez Ferrer Morant, Guadalupe. 1986. "La imagen de la mujer en la novela de la Restauración: ocio social y trabajo doméstico", en Capel Martínez, Rosa María, (coord.), *Mujer y sociedad en España (1700-1975)*.

- Madrid. Ministerio de Cultura. Instituto de la Mujer.
- Hammond, W.A. 1887. *Sexual Impotence*. Londres.
- Kinder, H. & Hilgemann, W. 1988. *Atlas histórico mundial. De la Revolución Francesa a nuestros días*. Madrid. Istmo.
- Litvak, Lily. 1979. *Erotismo fin de siglo*. Barcelona. Bosch.
- 1981. *Musa libertaria*. Barcelona. Bosch.
- 1982. "El cuento anarquista", en *El cuento anarquista. Antología (1880-1911)*. Madrid. Taurus, págs. 7-50.
- Lombroso, C. 1893. *La donna delinquente, la prostituta e la donna normale*. Turín.
- Longares, Manuel. 1979. *La novela del corsé*. Barcelona. Seix-Barral.
- Mainer, José-Carlos. 1972. *Literatura y pequeña burguesía en España (notas 1890-1950)*. Madrid. Cuadernos para el diálogo Edicusa.
- 1987. *La Edad de Plata. (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid. Cátedra.
- Marco, Joaquín. 1979-1980. "Felipe Trigo y su novela socialista y de clave: Jarrapellejos". *Archivum*. XXIX-XXX.
- Martínez Olmedilla. 1904. *La trata de blancas*. Madrid.
- Martínez San Martín, Ángel. 1983. *La narrativa de Felipe Trigo*. Madrid. C.S.I.C.
- 1988. "Felipe Trigo, un escritor polémico". *Jarrapellejos de Felipe Trigo*. Madrid. Austral.
- Navarro Fernández, A. 1884. *La prostitución en la villa de Madrid*. Madrid.
- Palacio Buñuelos, Luis (coord.). 1990. "Capitalismo y movimientos sociales". *Gran Historia Universal*. Vol. X. Barcelona Ediciones Nájera.
- Persall, R. 1983. *The worm in the bud. The world of Victorian Secuality*. Londres.
- Prat, José. 1904. *A las mujeres*. (Conferencia leída en el "Centro Obrero" de

Barcelona los días 18 y 24 de octubre de 1903). Barcelona. Biblioteca Juventud Libertaria.

Rodríguez Mampaso, María José. 1994. *Roles sexuales. La mujer en la historia y en la cultura*. Madrid. Ediciones Clásicas.

Rousel, P. 1775. *Système physique et moral de la femme ou Tableau philosophique de la contitution de l'état organique, du tempérament, des moeurs et des fouctions propres au sexe*. Paris.

Ton, Jan Pieter. 1952. *Felipe Trigo. Estudio crítico de sus obras novelescas*. Amsterdam. Academisch Proefschrift.

Trigo, Felipe. 1988. *Jarrapellejos*. Madrid. Austral.